



MONTAÑAS Y ESPACIOS SAGRADOS DE LOS ANTIGUOS CANARIOS (GRAN CANARIA)

Antonio TEJERA GASPAR

RESUMEN: En este breve trabajo he procurado plantear unas pocas reflexiones sobre el carácter sagrado de algunas montañas de la isla de Gran Canaria —en comparación, asimismo, con las de los libios norteafricanos—, especialmente las que conforman la cuenca de Tejeda, así como la vinculación que muchas de ellas tienen con la existencia de un buen número de cuevas con grabados rupestres donde se representa, de manera casi única, el pubis femenino, que se asocia con un signo de la fertilidad. El descubrimiento y estudio del yacimiento de Risco Caído —declarado Patrimonio de la Humanidad— nos parece un hecho relevante para entender todas estas manifestaciones con una perspectiva mucho más rica sobre la cosmogonía de los antiguos *canarios*.

PALABRAS CLAVE: cuenca de Tejeda, montañas sagradas, Roque Bentayga, grabados de pubis femenino, ritos de la lluvia, rituales de la fertilidad.

ABSTRACT: In this brief work I have tried to raise a few reflections on the sacred nature of some mountains of the island of Gran Canaria —in comparison, also, with those of the North African libyans—, especially those that make up the Tejeda basin, as well as the link that many of them have the existence of a good number of caves with rock engravings where the feminine pubis is represented, in an almost unique way, which is associated with a sign of fertility. The discovery and study of the Risco Caído site —declared World Heritage Site— seems to us a relevant fact to understand all these manifestations with a much richer perspective on the cosmogony of the ancient *canarios*.

KEYWORDS: basin of Tejeda, sacred mountains, Roque Bentayga, engravings of feminine pubis, rituals of the rain, rituals of fertility

Los estudios arqueológicos realizados en las últimas décadas sobre las manifestaciones religiosas de los antiguos habitantes de Canarias, y en especial los hallazgos en zonas de montaña de la isla de Gran Canaria, han

permitido avanzar algunas cuestiones sobre la relación de su pensamiento religioso con relación a ciertos lugares singularizados del medio natural, pero sobre todo con el modo en el que sus habitantes percibieron el paisaje que les circundaba, así como el de las islas más cercanas. Muchas de estas cuestiones están faltas aún de un estudio particularizado en cada isla, como también en el conjunto del archipiélago, y del mismo modo, la comparación con las culturas prerromanas norteafricanas.

Es bien sabido que en las culturas mediterráneas a ciertas montañas singulares se les atribuyó un carácter sagrado, como también en las sociedades protohistóricas del Magreb, y del mismo modo en las culturas insulares de Canarias. Es posible que se debiera a alguna característica destacable, ya fuera por su forma, su emplazamiento, o porque a través de ellas podía establecerse una relación con los seres supremos. En todos los casos siempre se eligieron los lugares más elevados y, sobre todo, los que estaban ubicados en los puntos centrales de las islas, según se constata en las fuentes etnohistóricas, pero también en las arqueológicas, ya que los testimonios sobre estos lugares son relativamente numerosos.

Existe un consenso generalizado entre quienes han estudiado algunos aspectos de la religión de los libios del Magreb, como también entre sus descendientes los bereberes, que a las montañas, y por extensión a los accidentes orográficos de la naturaleza, les tuvieron una especial devoción y veneración, como se halla bien atestiguado entre estas etnias, a través de diferentes monumentos, algunos muy antiguos, como los grabados rupestres de las montañas del Atlas marroquí, como los de *Yagur* (Rhat), que se remontan seguramente a la Edad del Bronce y al principio de la Edad del Hierro, lo que explica el por qué ha pervivido hasta hoy el fuerte arraigo de estas creencias entre los bereberes contemporáneos, como han señalado entre otros R. Basset y G. Camps, quienes refiriéndose a este pensamiento entre los libios señalaron que los accidentes del terreno, las montañas, las grutas y las rocas habían sido contempladas, si no como divinidades propiamente dichas, sí al menos como la morada de un ser divino. R. Basset explicaba por qué a estos lugares se les tenía una especial predilección, debido sobre todo a la singularidad de algunas montañas tunecinas, como el monte *Bul Qornin*, el antiguo *Balcaranensis* que rodea Túnez, cuyo nombre reaparece en la deidad adorada y venerada allí desde época antigua por los bereberes, antes de que en el mismo sitio se erigiera el santuario de los fenicios, al que más tarde los romanos le superpondrían el dios Saturno. Este y otros lugares similares, como ha estudiado M. Leglay, fueron también consagrados con posterioridad por los cartagineses, asociándolo a la divinidad Baal que, asimismo, fueron considerados sagrados por los autóctonos, e igualmente sacralizados en época fenicia, asociado luego con el dios Saturno. El hecho de que *Baal Hammon* se hubiera trasuntado en esta divinidad, que alcanzaría en época romana una difusión extraordinaria entre las comunidades libio-bereberes del Magreb, y especialmente en Tunisia, demuestra su importancia, de manera que *Baal Kronos* se convertiría en Saturno, y junto con la *Tanit Caelestis* serían las dos divinidades supremas de Cartago, como pensamos que también lo fueron en época prerromana.

Sobre la concepción de las montañas y los lugares elevados entre los libios, M. Bénabou ha puesto de manifiesto el interés por entender este fuerte sentimiento en las poblaciones indígenas, a juzgar por las invectivas lanzadas por San Agustín a los cristianos de África, cuando reprochaba a sus contemporáneos la costumbre de subir a las montañas y descender al mundo subterráneo para sentirse más cerca de Dios, como se recoge en uno de sus *Sermones* (XLV, 7), correspondiente a los años 408 al 411, donde dice lo siguiente: *Sabemos claramente que es este monte. No os propongamos otros montes como es el Giddaba (Djebel Chettabe, Argelia) o cualesquiera otros nombrados por vosotros. A veces, por ejemplo, los hombres leen: Se escuchará desde su monte santo, y lo entienden carnalmente, bien que a veces habla de un monte y se refiere a Cristo. Y corren los hombres al monte a orar, como si allí los escuchara Dios. Pensando carnalmente, puesto que ven con qué frecuencia las nubes se adhieren a las laderas de los montes, suben a sus cimas para estar más cerca de Dios.* La fuerte raigambre de tales sitios tan singulares se mantiene aún en estos días por la veneración que hacia ellos siente la gente que acude a ellos en peregrinaje, a pesar de que buena parte de las tradiciones y costumbres de las poblaciones bereberes de esta zona se hallan más o menos islamizadas. El hecho de que un buen número de estos lugares llegaran a tener una consagración especial en época romana, a los que se les asociaba la existencia de un *genius montis*, en un buen número de lugares, nos parece, asimismo, un dato revelador, no solo para comprender la continuidad de unas tradiciones culturales vinculadas con la cosmogonía de los libios, sino para confirmar la existencia de unas creencias en una etapa lejana que perduró más allá de la introducción del Islam en estas poblaciones norteafricanas.



El Roque Bentayga y las montañas que rodean la cuenca de Tejeda, en Gran Canaria
(foto del autor)

Creemos que un fenómeno similar se puede contrastar entre las culturas de tradición bereber de Canarias, entre las que asimismo se eligieron los sitios más elevados, ubicados en los puntos centrales de las islas, coincidiendo con los que poseían algún carácter singular, como hemos visto en las sociedades protohistóricas del Magreb, en donde determinadas montañas servían de morada a multitud de genios o espíritus tutelares asimilados a sus

ancestros. Y en el pensamiento bereber tradicional, la montaña se ve favorecida por su presencia, convirtiéndose en fuente de sacralidad y al mismo tiempo en objeto y lugar de culto. En los santuarios de montaña o en sus alrededores es frecuente la ubicación de tumbas donde era enterradas figuras relevantes de las poblaciones cercanas, cuya alma permanece vinculada al lugar, siendo por ello objeto de adoración.

El culto a las montañas y los ritos que en ellas se realizan es una manifestación cultural bien conocida asimismo en la arqueología canaria, y hasta el presente ha podido ser documentada en todas las islas. Mircea Eliade estima que la montaña, por estar más cerca del cielo es sagrada por dos conceptos: por participar del simbolismo espacial de la trascendencia, y por ser el dominio por excelencia de las hierofanías atmosféricas, siendo por ello morada de los dioses. Seguramente, y debido a esa circunstancia, en casi todas las islas se han documentado un conjunto de yacimientos emplazados en las zonas altas de las montañas, que los hemos relacionado, entre otros, con la celebración de rituales para la propiciación de la lluvia. Estos sitios se caracterizan por una serie de cazoletas, pequeños hoyos conectados entre sí mediante canalillos, donde se derramaba leche, sangre o agua, con finalidad fecundante, de manera que el hecho repetido de derramar líquidos reproduciera el mismo efecto, a la manera de la magia homeopática, provocando de ese modo la caída de la lluvia. En estos sitios, *Las casas de mujeres religiosas era sagrado para delinquentes, llamábanlas Tamogante en Acorán, que significa cassa de Dios. Tenían otra casa en un risco alto llamada Almogarén, que es casa sancta; allí invocaban i sacrificaban regándola con leche todos los días, i que en lo alto vivía su Dios i tenían ganado para esto diputados. También iban a dos riscos muy altos: Tirmah en el término de Gáldar, y otro en Tirahana llamado Humiaia y riscos blancos. Juraban por estos dos riscos mui solemnemente, a ellos iban en prosección con ramos i palmas, i las maguas o vírgines con vasos de leche para regar; daban voces i alzaban ambas manos i rostro hacia el cielo, i rodeaban el peñasco i de allí iban a el mar i daban con los ramos*¹. Estos recintos culturales suelen estar asociados, también, a otros yacimientos arqueológicos relacionados con la celebración de fiestas religiosas o rituales, como sucede con el almogarén del Jerez (Telde, Gran Canaria), en el que en una zona cercana, como a unos centenares de metros, existe también una cueva con representaciones de pubis femeninos, como sucede en la de Los Candiles, el Cagarrutal o Cuevas del Caballero, ubicadas todas en el Risco Chapí en Artenara. Es importante también poner de relieve su asociación con áreas funerarias, ya que es frecuente encontrar estos recintos culturales con enterramientos en casi todas las islas, como hemos visto entre los bereberes norteafricanos, lo que lleva a pensar que en las sociedades en las que el culto a los antepasados forma parte esencial en el ceremonial religioso, se considera a los ascendientes como los responsables de la regulación del curso de las nubes y de la caída de las aguas de lluvia. En la celebración de estos ritos entre los bereberes, los adivinos-santones, ofician-

¹ GÓMEZ ESCUDERO, Pedro: «Libro segundo. Prosigue la conquista de Canaria. Sacado en limpio fielmente del manuscrito del licenciado Pedro Gomes Scudero», en MORALES PADRÓN, F. (edit.): *Canarias: crónicas de su conquista*, Las Palmas de Gran Canaria, 1993, XIX, p. 440.

tes del ritual, entran en conexión con los antepasados para favorecer con su intercesión el beneficio solicitado. En Canarias muchos de estos recintos culturales se asocian asimismo a cuevas de enterramiento, lo que podía explicar esa vinculación. Y es muy probable, asimismo, aunque para ello solo contamos con algún indicio, que en estos lugares se celebraran los pactos entre las distintas fracciones o grupos de parentesco de cada isla, según el modelo de organización en el que se hallaban estructuradas políticamente.

Los habitantes de las islas Canarias estuvieron, a lo largo de su historia, muy condicionados por la falta de agua, de la que dependía su supervivencia, la de los pastos y las cosechas. En poblaciones de economía ganadera —y estos son hechos recurrentes en la historia de la humanidad—, cuando se producían crisis climáticas de una cierta envergadura y duración, si se rompía el binomio ecología-economía, había que recurrir a diferentes estrategias de supervivencia. En un medio insular estos hechos se agudizan por las dificultades de conseguir el alimento cuando se producen crisis climáticas, ya que estos grupos no establecieron relaciones con otras islas para intercambiar productos con sus vecinos, lo que obligaba a poner en funcionamiento todos los mecanismos sociales, como los que se hallaban ligados con el mundo mágico-religioso, para utilizarlo como fuerza generadora con el fin de propiciar la lluvia, base de la supervivencia en el ciclo económico de estas poblaciones. De esa manera, el ritual relacionado con su consecución forma parte del entramado social y económico, como forma de supervivencia del grupo humano, ya que el agua es el principio de la vida y su obtención determina la de la comunidad, puesto que lo importante no es solo que llueva, sino que lo haga en el tiempo oportuno para que germine el pasto, porque la agricultura y la ganadería forman la base de su sustento.



El *almogarén* del Bentayga, lugar donde seguramente se realizaron los rituales propiciatorios de la lluvia (foto del autor)

De estos rituales se han preservado algunos datos correspondientes a las islas de Gran Canaria, Tenerife y El Hierro, aunque el fenómeno debió de ser común en todo el archipiélago. Estas celebraciones se podían describir de la forma siguiente: cuando las lluvias se hacían escasas y, sobre todo, cuando no llegaban en las fechas necesarias para sembrar los cereales o para la germinación de los pastos, cada grupo reunía las cabras y las ovejas, que formarían parte de un ganado sagrado dedicado exclusivamente a estos menesteres, y lo encerraba en la zona donde se celebraban los rituales. A medida que aumentaba el hambre de los animales, comenzaban a balar en un griterío ensordecedor, acompañados por el vocerío, los cantos y los bailes frenéticos de la gente. Con sus lamentos atraían la atención de los seres supremos para que intercediesen en favor de los solicitantes y de este modo conseguir el agua deseada.

En la toponimia de las islas existen zonas con la denominación de *bailaderos*, que se han considerado alusivos a lugares donde se celebraban los rituales propiciatorios de la lluvia, puesto que las islas no se caracterizan por una uniformidad ecológica, sino muy al contrario, por su variada topografía que, junto a sus peculiares mecanismos del clima, conforman un conjunto diverso de microclimas, contribuyendo a que estos hechos se sucedan con cierta frecuencia, por lo que necesariamente debieron existir lugares determinados en puntos del territorio en donde se realizaban estas ceremonias, como así fue recogido en distintas fuentes sobre los antiguos canarios, como lo recogen algunas crónicas canarias: *Cuando faltaban los temporales, iban en procesión, con varas en las manos, y las magadas con vasos de leche y manteca y ramos de palmas. Iban a estas montañas, y allí derramaban la manteca y leche, y hacían danzas y bailes y cantaban endechas en torno a un peñasco; y de allí iban a la mar y daban con las varas en la mar, en el agua, dando todos juntos una gran grito². Y quando hauía esterilidad se juntauan mucha gente y hazían con el fayzán vna processión; y van a la orilla de la mar con varas y ramos en las manos, clamando en altas voçes en su lengua, y mirando hacia el cielo pedían a Dios agua, y llegando a la mar dauan en ella muchos golpes con las varas y ramos³. Los «faizanes» enseñaban esto, i ellos eran honbres onestos i de buenas costumbres i exenplo, i eran respetados a modo de los sacerdotes, i era el que en tiempo de necesidad llamaba la jente del pueblo, y lleuando todos en prosesión varas en las manos iban a la orilla de el mar, i también llebaban ramos de árboles, i por el camino iban mirando a el cielo i dando altas voces, leuantando ambos braços puestas las manos, i pedían el agua para sus sementeras: i decían: «Almene Coram» (válgame Dios), daban golpes en el agua con las uaras y los ramos, y assí con esta súplica les prouehía el Summo Dios, i assí tenían gran fe en haçer esto⁴.*

El culto a la montaña y los ritos que la tienen como soporte material estuvieron presentes en la arqueología canaria, haciéndose patente en todas las

² ABREU GALINDO, Fr. J. de: *Historia de la Conquista de las siete islas de Canaria*, Goya Ediciones, 1977, II, III, p. 157.

³ LÓPEZ DE ULLOA, F.: «Historia de la conquista de las siete yslas de Canaria», en MORALES PADRÓN, F. (edit.): *Canarias: crónicas de su conquista*, Las Palmas de Gran Canaria, 1993 (1646), XXII, p. 314.

⁴ GÓMEZ ESCUDERO, Pedro: «Libro segundo. Prosigue la conquista de Canaria...», op. cit., pp. 434-435.

islas. Las regiones superiores están saturadas de fuerzas sagradas y la altura, lo superior, suele hallarse asimilada a lo trascendente, a lo sobrehumano. Los valores simbólicos y religiosos de las montañas son muy diversos, siendo consideradas por ello como el punto de unión del cielo y la tierra y, por tanto, como el *axis mundi*, la concepción de que la bóveda celeste se hallaba sostenida por un pilar como soporte de las dos realidades físicas —el cielo y la tierra— y, por extensión, de los dos mundos, el superior y el inferior, en los que se ubicaban los espíritus benefactores y también los seres malignos.

A tenor de lo recogido en las fuentes escritas cabe pensar que algunas montañas fueron, en efecto, consideradas como territorios o espacios sagrados, ya que ciertas evidencias en las fuentes etnohistóricas, pero sobre todo en las arqueológicas, permiten definir estos lugares como sitios sagrados, como sucede en Gran Canaria con el *Roque Bentayga*, que se encuentra en la caldera de Tejeda, muy próximo a las estribaciones centrales de Gran Canaria, a una altitud de 1.412 m. Su aspecto formal y el hecho de que se considerase el último refugio de los *canarios* durante los episodios bélicos de la conquista de la isla, le han conferido el calificativo de *fortaleza*, como así lo denominan algunos cronistas, como A. Sedeño, quien la describe como una zona *toda de risco, i en lo alto están unas cuebas onde ai capacidad de tener mucha jente i se sube a ellas por unos bien peligrosos pasos. Tiene a el pie una fuente abundante de agua, corriente, que no se les podía estorbar.*

En la parte alta del roque se halla el área arqueológica, a la que se accede a través de una muralla de época prehispanica, que delimitaría el territorio sagrado. Al pie del roque se encuentra un recinto excavado en la toba que consta de una plataforma rectangular de 6 m por 3,5 m. En el suelo se perciben una serie de acanaladuras irregulares de 0,28 a 0,10 m, y en el centro se excavó un círculo concéntrico de 0,35 m de diámetro y 0,24 m de profundidad, al que le acompañan algunos recipientes o cazoletas. Próximo, y frente a este recinto, se encuentran también dos pequeñas cuevas excavadas en la roca. En una de ellas, situada a unos cinco metros del recinto y avanzada sobre el precipicio, aparece una figura semicircular, de color rojo, que por su semejanza con otra similar de Cuatro Puertas (Telde), se ha considerado como la representación de un creciente lunar.

Este tipo de recintos se conocen como *almogarenes*, según el término recogido por los cronistas, que se refieren a ellos como casas de oración. El nombre al-mo-ga-ren, *lugar de reunión o santuario*, posee el mismo valor que le han atribuido algunos lingüistas, como D. J. Wölfel, comparándolo con palabras similares de la lengua bereber. Estos lugares se destinaban a la celebración de rituales, consistentes en derramar ofrendas, como leche y seguramente sangre de animales sacrificados y destinados a los seres superiores, el Sol y la Luna, tal y como lo explica el cronista Gómez Escudero, cuando dice que *allí invocaban i sacrificaban regándola con leche todos los días, i que en lo alto vivía su dios i tenían ganado para esto diputados*. La existencia de yacimientos arqueológicos de características parecidas en diversos lugares de Gran Canaria y en otras islas sirve de contraste para valorar las referencias literarias.

De la misma forma se advierte en otros yacimientos arqueológicos, como la cueva de los Candiles en Artenara (Gran Canaria), y puede comprobarse, asimismo, en representaciones similares de los grabados rupestres de la isla en los que figuran signos triangulares, y en donde siempre se señala la vulva femenina con un gran realismo; así se ha podido documentar en muchas cuevas artificiales, entre ellas las del citado conjunto del Risco Chapí y la referida de los Candiles. Se trata de una cueva excavada con todas las paredes cubiertas con signos esquemáticos de triángulos púlicos y cúpulas, lo que podría haber estado relacionado con prácticas sexuales de fertilidad, fecundidad, iniciación, tránsito o ceremonias piaculares vinculadas con el nacimiento o las relaciones sexuales indígenas. Si fuera esta la función de los espacios señalados, como tantos otros de Gran Canaria, cabría pensar, si quiera como hipótesis, que un destino similar explicaría por qué se enfatiza en los ídolos todo lo relativo al sexo, así como en partes destacadas del cuerpo, como pechos o vulvas, asociadas a ritos, cultos de fertilidad u otras funciones, aunque no poseemos ningún dato fidedigno en que apoyar nuestras propuestas. La idea de fertilidad se halla en la base de la producción de alimentos, ya sean de origen agrícola, ganadero, o los criados por la propia naturaleza, porque en ella radica el fundamento de la reproducción y continuidad del grupo humano. Sobre esta hipótesis se explicaría el por qué se enfatizan de manera singular todos los aspectos vinculados con la supervivencia, manifestada a través de la exaltación de los atributos de la reproducción.

Las montañas y los territorios sagrados tuvieron entre los canarios una diferente concepción según las circunstancias. Un carácter esencial de lo sagrado de estos espacios es el de considerarlos como lugares que poseen un aura especial que no puede ser hollada desde fuera por quienes se acerquen a él, es decir, desde el territorio pagano: *Y estos canarios tenían por santuario a dos rriscos llamados Tirma y Cimarso, que tienen dos leguas cada uno en rredondo, que confinan con el mar, y el malhechor que a estos serros se acogía era libre y seguro, y no le podían sacar de allí si él no quería, guardándolos y rreberensióndolos como a yglesias*⁵. El carácter sagrado de estos lugares servía asimismo como el espacio en el que se llevaban a cabo los juramentos: *Y como acá anparamos la casa santa de Jerusalén juraban ellos asistis Tirma e asitis Margo*⁶.

Otros muchos aspectos estuvieron asociados con estos espacios sagrados, que es necesario analizar en profundidad, valorando no solo los hechos arqueológicos conocidos hasta ahora, asociándolos con la información aportada por las fuentes etnohistóricas, sino sobre todo por el hecho de que deben ser analizados sin perder de vista el medio ecológico en el que se enmarcan. Se trata, pues, de la necesidad de que estos estudios hayan de ser abordados con carácter multidisciplinar para entender todos estos fenómenos en su debida dimensión histórica y cultural.

⁵ Ovetense (1978), «Libro de la conquista de la ysla de Gran Canaria y de las demas yslas della trasladado de otro libro orijinal de letra de mano fecho por el alferes Alonso Jaimes de Sotomayor...», en MORALES PADRÓN, F. (edit.): *Canarias: crónicas de su conquista*, Las Palmas de Gran Canaria, 1993, XXII, p. 161.

⁶ *Ibid.*